

Loreley Rebull León:

Poemas y Cuentos

La escritora cubana Loreley Rebull León, nos envió desde Matanzas, su ciudad natal, estos textos de su última producción especialmente para El Duende.

Solamente una vez

Resuena el bolero,
en el misterio de sus constelaciones,
llueve fuera y no sé qué lejana vitrola
en el Café de la esquina,
descascara al olvido tu ronca voz.
Creyamos en ti como en Dios mismo.
Mi padre te entregaba su silencio,
mi madre cerraba los ojos para escucharte.
Como si rezara. Yo crecí al vaivén de tus
canciones,
con ellas amé.
Por eso esta noche de charcos sucios,
donde las estrellas sedientas se ahogan
en el fango,
pienso que me engañasteis.
Que el amor se siente muchas veces
y desintegro tu canción
para luego llorar sobre la letra,
escupo la melodía en tu rostro,
dejando que tu música asfixie mis sentidos.
Maldigo la hora que la quisiste tanto.
Quiero echarte en cara mi tristeza,
Con éste, tu bolero, abofetearte.
Tú que adoraste a María Félix,
dime qué hiciste con su alta mirada,
con sus desplantes de María Bonita.
¿Volvió la esperanza a brillar en tu huerto
o todo fue hojarasca, fue ventisca
ilusa fantasía del poeta?
Perdona, Agustín Lara, discúlpame este odio,
al final tiene razón:
solamente una vez se entrega el alma.

Confesión

Yo amé a Marat.
Sus hombros desnudos,
la rigidez que le dejó la parca,
la soledad de la sombra que pasó sobre él.

Yo amé a Marat,
su faz violácea, tendido en su bañera azul,
su triste palidez de sol muriente,
su boca sin cerrar.

Yo amé a Marat.
Desde pequeña, cuando vi por vez primera
un cuadro incierto,
un hombre que era fuego, hombre hoguera,
de pronto en hielo transformado.
Lo amé en silencio sempiterno,
fugaz su actuar, lejano su misterio.
Asalto a la Bastilla,
los sueños repetidos de los hombres.

A este Marat, aún lo amo con fijeza.



“De pronto el ciruelo”

Ciruelo, estabas en el fondo del patio cuando nos mudamos. Donde te sembró el abuelo. Yo era una niña delgada y pálida, tu arbusto - repleto de hojas y sueños.

En el primer verano te desnudaste para darnos tus mejores frutos, amarillos y pulposos con ese olor a primavera contenida.

Sobre tus flexibles ramas galopé a lejanos rincones, miré el mundo desde esa altura, me creí gigante y toqué el sol con los dedos.

En la adolescencia bajo tu sombra escribí mis primeros versos de amor, sin métrica, ni ataduras; mientras los zunzunes hacían nido entre la amorosa fronda.

Pasó el tiempo y nacieron mis hijos que fueron creciendo sin darme cuenta, entre lágrimas y risas, entre hojas y frutos, con los colibríes que se acogen a tus desnudeces y vestiduras.

Como yo, galoparon la mañana sobre tu tronco, tocaron el sol y creyeron ser gigantes.

Hoy eres un anciano, te has ido encorvando lentamente, a veces me parece que pides un bastón, para poder erguirte y continuar; pero sigues ahí, en el fondo del patio. Donde te sembró el abuelo, hace tantos años. Esperando otras primaveras, desnudando tu cuerpo y guardando fuerzas para tus mejores frutos en verano. Ya mi nieto sube por tu grueso tronco y ríe feliz de ser gigante. Con él llegaron los colibríes para hacer sus nidos y esta mañana uno de ellos se mantuvo frente a mí, aleando alocado como si yo fuera un árbol. Tanta era mi quietud.

Me sentí como el ciruelo, que de tanto luchar se ha hecho viejo. Me abracé al rugoso tronco y lloré por los dos; porque el tiempo no perdona.

¿Cuando yo me haya ido, te mantendrás llenando de amarillos y verdes mi patio, dándole primavera a los pájaros y haciendo gigantes a mis nietos?

“Los viajes de Pelusa”

Pelusa vuela cada mañana a un rincón diferente de la Tierra. Por eso la maestra se preocupa, al verla entrar en el aula con una bufanda al cuello y una boina sobre los rubios cabellos.

-A dónde va hoy la Pelusa? - le pregunta muy seria la maestra.

-Al Polo Norte, Maestra, tengo que recoger un pingüino rosado que le duele la barriga; porque tomó muchos helados-, responde la niña aún más seria.

Y la maestra sabe que sólo el cuerpecito de la niña estará en el aula; pues ella se irá volando por la ventana abierta, con su dulce mirar ausente.

Al día siguiente viene Pelusa con una blusita de tirantes y un sombrero de pajilla azul, con una cinta rosada larga, muy larga, tan larga que llega al suelo.

-A dónde va hoy la Pelusa? - indaga la maestra.

-Al Amazona maestra, necesito buscar un cocodrilito que le duelen las muelas; porque comió muchos caramelos. No se asuste, maestra que vuelvo enseguida - contesta sonriente.

La maestra mueve la cabeza de este a oeste, como hace el sol, sin poder hacer nada.

Al otro día la Pelusa entra al aula con una sombrilla repleta de girasoles, unos espejuelos oscuros y una flor en el pelo.

-A dónde viaja hoy la Pelusa? - quiere saber la maestra.

-Voy a la isla de Tahití, maestra, tengo que traer una gaviota glotona, que de tanto comer rositas de maíz ya no puede volar.

Y la maestra que adora a Pelusa, le pide permiso para acompañarla en su viaje.

Hoy no daremos clases de Matemática, ni de Español; porque las dos se van volando por la ventana del aula, agarradas de la sombrilla repleta de girasoles.

Maestra... se le queda el sombrero y allá hay mucho sol!

Loreley Rebull. Matanzas, 1947. Miembro del Taller Literario Municipal Ricardo Vásquez. Su obra ha sido publicada por diferentes Casas Editoriales como:

Ediciones Vigia, Ediciones Matanzas, Sol y Luna de Baranquilla y en Bolivia se le publicó varios trabajos en una Revista Infantil.

Su obra ha sido premiada en diferentes eventos municipales, provinciales y nacionales.

